

El libro expósito

Escribe: NELSON NICHOLLS SANTACOLOMA

Quizá no haya otra denominación más exacta que esta de libro expósito para referirnos con preocupación a ese tomo suelto que suele encontrarse por ahí, sin la compañía de aquellos que forman con él una obra completa. ¿Se le ha ocurrido a alguien pensar en el crecido número de obras de todo género que se hallan truncas principalmente a causa de ese desventurado y por desgracia casi siempre inevitable desbarajuste a que un día se ven lanzadas algunas bibliotecas particulares, después de muerto su poseedor? Libros adquiridos con un empeño persistente, quizá entre la deliberada privación de otros más urgentes elementos y en medio de circunstancias que hacen a veces su logro tan difícil, comienzan a partir de esa ocasión una especie de viacrucis que mataría de disgusto a su dueño si le fuera dado a este volver a encontrarse entre los vivos. Una extraña sinrazón hace que en aquella hora todo ese amabilísimo conjunto no merezca de cercanos parientes, en muchos casos, el deseo de servirse de él, ni el de donarlo a un instituto, pero ni siquiera el de conservarlo como un

permanente recuerdo de quien dedicó a sus libros la mitad de su vida y en no pocos casos la vida entera.

No han faltado por fortuna las excepciones memorables y ejemplares que por serlo en grado eminente confirman justamente aquella regla en nuestro país. Un solo nombre bastaría para dar cuenta de ellas: el muy ilustre del doctor Leureano García Ortiz, rememorado hace poco en la ocasión del centenario de su nacimiento. La sabia previsión del bibliófilo felizmente aunada al filantrópico interés que tuvo otro colombiano insigne en favor de la comunidad, aseguraron para el servicio e ilustración de vastos sectores de estudiosos el valioso tesoro de aquella que en su tiempo llegó a contarse entre las primeras y más selectas bibliotecas particulares de toda América. La devoción que por ella tuvo la familia esclarecida del erudito antioqueño encontró, por lo demás, en esa forma su más vívida y perenne expresión. Oreados por el cálido aliento de severa y benemérita institución, muy bien iban a encontrarse allí los numerosos libros ra-

ros que tanta admiración causaron entre grandes notabilidades de otros países. Aquí de la remembranza de Luis Eduardo Nieto Caballero cuando daba testimonio del pasmo experimentado por Mediz Bolio o por Belaúnde en su visita al amado recinto de la gran biblioteca. "Yo creía que no existía otro ejemplar que el que se encuentra en la Biblioteca de México", dijo el primero en alguna ocasión frente a un libro inhallable que allí encontró. "Yo creía que no había otro ejemplar que el que conserva la Biblioteca de Lima", dijo también el segundo, sorprendido frente a otro libro no menos raro. "Pues este es otro" contestaba en cada caso sonriente y orgulloso García Ortiz.

Los interrogantes que surgen alrededor de las mentadas bibliotecas particulares conducen, pues, casi siempre, a una sola y lancinante explicación: ellas pasan fácilmente y con dolorosa frecuencia del recinto donde una lámpara fue testigo de nocturnas y largas etapas de estudio silencioso, a esa esfera materialmente utilitaria y desprovista de amor al libro que solo busca el **pane lucrando**. Disgregados, perdidos en ajenos anaqueles de negocio y, por ende, apartados como si dijéramos de toda posibilidad de reintegración, comienzan aquellos libros su odisea. Parece como si se convirtieran en estorbo cuando tan fácilmente se llega casi hasta dictar sentencia de muerte contra esos "inocentes", como llamó Cervantes a los de don Quijote, al referirse al escrutinio y hoguera que de ellos hicieron el cura y el barbero en el propio corral del hidalgo. El destino ulterior de tales libros es el mismo que cabe a la mercancía ofrecida por los buhoneros, solo que ya en las

manos de sus declarados y públicos vendedores adquieren ellos las más de las veces precios que resultarían exagerados si no recordáramos que es pequeña para el libro largamente buscado cualquiera suma que a él se le fije. Sin inventario de títulos, comprados por lotes y sin registro alguno que determine el nombre de la familia que los vendió, toda suerte de contacto que pudiera establecerse para ver de reconstituir una obra trunca, queda de hecho absolutamente perdida por manifiesta incuria del negociante. Y no se diga que las firmas, sellos, ex libris y otras marcas similares pueden servir de guía para realizar con buen resultado dicho contacto. Don Luis Villagómez, con quien de nuevo dialogamos sobre tema tan apasionante como es este de la bibliofilia, da testimonio de algunos curiosos casos de firmas que solo ponen en claro el hecho de haber sido los libros que las llevan propiedad de personas ciertamente conocidas pero desaparecidas tantos años hace, que no podría asegurarse cuántos dueños tuvieron posteriormente tales libros.

Sobre la inutilidad de las firmas en los libros como guías para el conocimiento de los dueños de estos y sobre lo innecesarias que resultan algunas leyendas encaminadas a prevenir extravíos y hurtos, trae a cuento don Luis varios ejemplos, todos muy concluyentes. El primero se refiere a un libro que él conoció hace años en poder de un bibliófilo amigo, relativo al Concilio Tridentino y editado en España un poco pasada la primera mitad del siglo XVIII, el cual tenía la siguiente curiosa leyenda puesta de través en la portada del mismo, con muy hermosa letra pastрана: "Del Convento de San Fran-

cisco de Cartago y tiene pena de excomunión quien lo sustraiga de su librería". Palabras tan inocuas como aquellas otras de la leyenda puesta cerca del contador de la luz por algún advertido inquilino a quien robaban continuamente su fusible dejándolo a oscuras, la cual leyenda rezaba de esta manera: "¡Peligro! Conectado con cable de alta tensión". Advertencias son estas que no operan por su sola virtud, de las cuales hay muchos ejemplos que ilustran menudamente el recóndito mundo de las aprensiones en personajes históricos, como el caso que cita don Luis, del tratado de lógica en que estudió Caldas y que hoy conserva con infinito cariño don Jorge Irigorri, en el cual aparece la siguiente anotación de puño y letra del mártir payanés: "El señor Esteban Fernández me adeuda y tiene un libro intitulado tomo en 8º (sic) y para que conste lo pongo por cláusula no vaya a ser que se quede con él. Popayán mayo 23 de 92". Juzgada a manera de constancia necesaria, como registro de un hecho que confiado a la memoria pudo haberse escapado en su hora, no nos parece tan ingenua la anterior anotación del sabio Caldas.

Libros hay que registran una copiosa sucesión de firmas y sellos, demostrativa de cuáles fueron en varias épocas sus diversos dueños. Ello se observa particularmente en tomos que en un tiempo fueron tenidos como prendas de gran valor afectivo por su temporal utilidad y por haber sido obsequio de personas que gozaron de la estimación de una determinada familia. De estos posee algunos don Luis Villagómez. Podemos citar como muy representativo de tales características uno que contiene el *Oficio de la Semana Santa* se-

gún el misal y breviario romanos publicados por mandado del Sumo Pontífice S. Pío V y reconocidos por comisión de los sumos pontífices Clemente VIII y Urbano VIII, hecho en Madrid por la oficina de Benito Cano, año 1788, edición bilingüe en latín y castellano, con fuerte encuadernación en pastas como tablas forradas en cuero rojo y grabados con ramos dorados en relieve. No radica en su antigüedad, bien relativa por cierto, la curiosa significación de aquel libro; ni en el tema, tan profusamente divulgado en su época por las prensas españolas, si bien es verdad que a este propósito empiezan en los tiempos reformistas de ahora a cobrar calidad de evidente rareza los libros de más de un siglo que tratan sobre la liturgia. Pensamos con don Luis que aquel libro tiene un valor intrínseco derivado, más que de otra cosa, de lo que él representa como testimonio de aprecio por su enseñanza en un momento dado, un aprecio que se extendió por largos años en un solo núcleo de allegados y familiares entre los cuales circuló sucesivamente como donación. Fray Francisco Morales, de la Orden de San Francisco, lo dio a don Antonio Manrique, quien a su vez lo cedió a su hijo don Venancio. De las manos de este meritorio ciudadano que fue distinguido profesor de idiomas en San Bartolomé y el Rosario y autor de un *Diccionario etimológico sintético y analítico de la lengua castellana* que compuso en unión de don Rufino José Cuervo, pasó a las de don José María Tobar y Gutiérrez, quien lo obsequió a su hijo don Javier, alcalde que fue de Bogotá en los años de 1910 a 1911 y este, a don Enrique Tobar.

Al lado de libros tan identificados como el que se deja dicho, exis-

ten otros en los cuales no asoma para nada ninguna firma que sirva de referencia. Un tomo sexto de la ponderada edición que del **Quijote** hizo el famoso impresor Gabriel Sancha a fines del siglo XVIII, tiene don Luis en su biblioteca, sin marca alguna de dueño ni al principio ni al fin. Cuánto daría él por saber dónde se encuentran los tomos restantes, aunque mucho le costara el hacerse a ellos. Estos y otros tomos que le hacen falta para completar algunas ediciones más, muy antiguas y preciosas del **Quijote**, que tiene trucas, entre otras obras notables, dice don Luis que lo han llevado a meditar en el proyecto de constitución de un centro de bibliófilos colombianos en cuyo seno pudieran debatirse temas tan interesantes como el de la charla que dio origen a este escrito, basado en la importancia de buscarle un mejor y más razonable destino a las bibliotecas particulares que por una u otra razón se encuentren a punto de disgregarse. Y es de notar que dicho centro estaría animado con la presencia de los tratantes y librovejeros a quienes tal vez, en buen número y sin riesgo de ofenderlos, podría adoctrinárseles en esto de mirar al libro viejo, raro y curioso como algo que tiene significación más honda que la de servir de simple aunque costoso objeto de negocio.

¿No es muy importante, acaso, dice don Luis para rematar, el que algunos libros de mucho mérito sean adquiridos por los entendidos o por destacados centros de cultura del país y no por extranjeros visitantes o meramente, como ocurre tantas veces, por antojadizos compradores para quienes resulta de muy buen tono ante los demás el lucimiento del libro raro, no importa que al volver la espalda sus visitantes, echen al diablo el interés que aparentaron por él en un momento de bien administrado exhibicionismo? ¿No será este otro canal por donde más tarde venga a parar en expósito el libro raro que hace falta en alguna parte para completar los relativos a una materia, a una época, a una nación?

No pocas páginas entre regocijadas y tristes podrían escribirse para dar cuenta del exhibicionismo libresco, una más entre las muchas maneras que hay de considerar al libro como soporte de vanidosísimas posturas. Y como esas páginas tocarían aunque de soslayo con la bibliofilia, podría ser que don Luis Villagómez nos contara en otra ocasión sucesos que muestran muy bien el barro de que estamos hechos, como diría algún fisiólogo y moralista.